

Presentación del Número 6 de Claroscuro

Lionel Klimkiewicz

Buenos días, primero quiero agradecer la invitación a estar en esta presentación, y fundamentalmente a haber podido participar de esta publicación de Claroscuro, que en mi opinión es una revista de una calidad excelente. Y quiero resaltar también la importancia de dedicar una publicación a este texto tan importante de Freud

¿Por qué, a más de 100 años de los primeros textos de Freud es importante hablar de esto, de leer a Freud?

Desde hace un tiempo el psicoanálisis y principalmente Freud están, en mi país (y creo que en otros también) siendo profundamente atacados. (no criticado): que es una teoría heteronormativa, que ya no permite abordar nuevas formas de entender la sexualidad, la identidad, supuestos nuevos modos de padecimiento, etc. Todas las críticas que ustedes ya conocen.

Ustedes saben que desde que nació, el psicoanálisis fue blanco de diversas críticas. Pero lo que más preocupa, y creo que es lo que más nos debe preocupar porque era lo que más le importaba a Freud (y también a Lacan) son las críticas de los mismos psicoanalistas cuando estas carecen de argumentación, son pobres, denotan falta de estudio, o peor, responden a intereses poco éticos.

Por mi parte, les podría decir que desde pequeño me gustó leer, pero realmente aprendí a hacerlo leyendo a Borges. Con Borges aprendí, no porque él lo dijera así, sino porque me lo transmitieron sus cuentos, conferencias, diálogos, ensayos, aprendí, les decía, que a una obra como la de Freud, al abordar sus textos, hay que hacerle por lo menos cuatro preguntas, que no por ser obvias y básicas dejan de ser fundamentales:

- 1) Qué dice Freud?
- 2) Cuándo lo dice?
- 3) Por qué lo dice?
- 4) Cómo lo dice?

A esto le sumo algo fundamental: la lectura que hace Lacan de los textos de Freud. Lacan, que era francés, propuso aquel famoso retorno a Freud por medio, en principio, de ubicar correctamente los problemas de traducción al francés. Ese es uno de los aciertos de Lacan. El otro, y tal vez más importante, es el de entender el modo fragmentario del trabajo de Freud. Esto último, sin duda, salvó al psicoanálisis de la Psicología del Yo.

No es mi intención decir aquí lo que es leer, sobre eso, a lo sumo puedo decir, como Borges, que leer es un modo de la felicidad, y que mejor que leer es releer. Tampoco mi intención es decir que hay que hacer una lectura hermenéutica de la obra de Freud. Solo quiero plantear, como dice Lacan en las escalinatas..., que se necesita un mínimo. Es decir, ciertas cuestiones básicas para acercarse a la obra de Freud que están

últimamente faltando porque no se transmiten. Creo que el discurso universitario, que tanto ayudó por un lado a la expansión del psicoanálisis, hizo mucho para degradar el modo de lectura de aquel que se forma en esta práctica.

Ahora bien, para abordar la primera pregunta a la que me refería antes, “¿Qué dice Freud?” Ocorre que en nuestros países de habla castellana nos enfrentamos al tema de la traducción en psicoanálisis.

El tema de la traducción me comenzó a interesar hace mucho, en principio leyendo a Borges, no a Lacan ni a Freud. De muy joven aquella sentencia que escribe en “Las Versiones homéricas”: “Ningún problema es tan consustancial con las letras y con su modesto misterio como el que propone una traducción.” me impresionó mucho. Me impresionó porque yo era un estudiante de psicología, al que le gustaba mucho leer y que había descubierto en Borges al lector más increíble que se pudiera conocer. Era una guía para mí, y trataba de leer los textos que él leía y recomendaba y prologaba. Pero un día llegué a esa frase y dije “qué exagerado este Borges”. Y claro, no había entendido lo que él decía. Porque es muy común, que cuando alguien no entiende la dimensión de lo que otro dice -no cualquier otro por supuesto- lo tilde de exagerado, equivocado, etc. Sin importar siquiera, insisto, en tomar dimensión de quién dice tal cosa. Es la impertinencia y la arrogancia del ignorante. Algo que pasa frecuentemente con la obra de Freud y Lacan también. Es más fácil decir que el otro está equivocado a decir que uno no entiende, sin tomar dimensión del trabajo que el otro realizó para llegar a semejante formulación. Por suerte le creí más a Borges que a mi narcisismo, y el tema me quedó dando vueltas, por lo que lentamente, tal vez demasiado lentamente, me fui interesando cada vez más en el asunto. Hasta que en un determinado momento ciertas cosas del azar se unieron con deseos que se iban encaminando y orientando y un viejo interés por lo Unheimlich y la generosidad de J.C. Cosentino hicieron posible que me introdujera de lleno en la tarea y el problema de las traducciones de la obra de Freud. Y esa obra a la que yo creía familiar se me comenzó a volver extraña, y comencé lentamente a entender lo que Borges decía. Entonces, lo primero que ocurrió, es que me comencé a preguntar qué estaba leyendo cuando leía a Freud. Y eso inició un camino que todavía sigo hoy. Así me di cuenta también que en castellano contamos con dos muy buenas traducciones.

Pero a pesar de esta expansión sorprendente, y que esas traducciones de la obra de Freud al castellano también tuvieron sus vicisitudes, casi 100 años después, todavía queda la tarea de pensar qué efectos tuvieron los trabajos de Ballesteros y Etcheverry en la formación, transmisión y desarrollo del psicoanálisis en nuestro idioma. No es tarea sencilla, ya que para llevarla a cabo se precisaría tener en cuenta algunas cuestiones. En primer lugar, el tema necesitaría interesados (Carta de Lutero), cosa que parece una obviedad, pero no lo es tanto en estos tiempos donde ha calado hondo la cuestión de que Freud ya fue superado, es de otra época, es patriarcal, poco científico, etc., etc. Siempre me llamó la atención que quienes hacen esas críticas no se preguntaran si su cuestionamiento no tiene que ver con una escasa lectura; pero también creo que hay que preguntarse en qué porcentaje esas repetidas críticas son efectos, entre otras cosas,

también de las traducciones que circulan. ¿Cómo se arraigó tanto esta idea evolutiva del psicoanálisis, donde los practicantes nóveles están más interesados en leer sobre el ultimísimo Lacan antes que el primerísimo Freud? ¿Cuánto de este arraigo tiene que ver con cómo se tradujo a Freud? Seguramente no será la única causa, en tiempos donde el tecno-capitalismo nos deja obsoletas muchas cosas que nos rodean, pero por lo menos debemos trabajar en la parte que nos toca en el asunto. Porque en el proceso que se da entre lo que Freud escribió, lo que el traductor leyó, entendió y luego tradujo, otro volvió a leer y a transmitir, y otros entonces se formaron, se produce algo inevitable, que es un efecto de pérdida y alteración.

Creo que es muy rico que exista una traducción más, que no sea considerada ni mejor ni peor, sino distinta, para permitir que puedan compararse las tres traducciones, lo que produce un efecto de vaciamiento de sentido en la lectura, que permite que el lector se pregunte “¿Qué leemos?” Eso implica rescatar la traducción de Biblioteca Nueva que fue injustamente tratada de “poco rigurosa” por Etcheverry, lo que produjo un lento corrimiento de esa traducción en los ámbitos psicoanalíticos, al punto de que casi ni se cita. Increíblemente, en trabajos psicoanalíticos y en tesis de maestrías y de doctorado se cita la versión de Amorrortu Editores, por tener prestigio de ser más rigurosa, cuando en realidad hemos descubierto al contrastar con las versiones originales, que la traducción ha suprimido oraciones y hasta párrafos enteros. No olvidemos que la crítica a Ballesteros se pone en oposición al elogio que hace Etcheverry de Ludovico Rosenthal, quien es el autor del malentendido más grande en la historia de las traducciones al castellano, al hacer decir a Freud en esa carta de 1897 “Ya no creo en mis neuróticos”. Y que Etcheverry mal corrigiera en “Ya no creo en mi neurótica,” haciendo de neurótica un adjetivo. Creo que pocas decisiones de traducción han traído y traen más malos entendidos e interpretaciones erróneas que esta en la historia del psicoanálisis en castellano.

Por supuesto que traducir implica por un lado plantear, como decía Borges, que no hay texto definitivo, ni versiones definitivas, que esa idea responde a la religión o al cansancio. Él decía que hay sólo borradores, y esta es una idea importantísima que permite mantener viva una obra, de no cerrarla, de no hacer de ella letra muerta y petrificada. De hecho, muchas de las críticas que se le hacen a Freud las realizan quienes leen un texto de él como si fuera definitivo. Entonces creen, por ejemplo, que lo que Freud dijo en La organización genital infantil es su última palabra sobre la sexualidad. Un texto no marca un final de un proceso, sino un descanso en el camino. Por algo Freud corregía hasta el último minuto. Además, hay textos suyos que corrigen los anteriores y plantean reformulaciones que convierten al texto precedente en un borrador, o en una primera versión. Uno podría hacer ese ejercicio con casi todos los textos de Freud. Lo que quiero decir, es que, en mi opinión, es necesario pensar una nueva edición y traducción de la obra de Freud desde esta lógica borgeana, y no desde el discurso científico o universitario.

Una última cuestión que quiero agregar a este problema de la primera pregunta “¿Qué leemos?” Es lógico y habitual que un analista novel se acerque a la obra de Freud (en

este caso) cuando se enfrente a un problema clínico para encontrar una respuesta que le permita resolver su duda. Por ejemplo, tiene un paciente al que le supone sufrir una melancolía y rápidamente lee “Duelo y melancolía” para encontrar una orientación en su clínica. Por supuesto que no está mal, es algo que hemos hecho todos y lo podemos seguir haciendo. Pero es un modo de lectura que se acerca mucho al religioso, como aquel feligrés que abre su biblia para encontrar la respuesta a sus males. La lógica es la misma. Pero es un momento por el que pasamos todos y que podemos utilizar siempre que recordemos que no es el mejor modo de leer y estudiar. Porque hay un riesgo mayor en los efectos de esa lectura, que es el que vemos en estos tiempos. Ante supuestas nuevas modalidades de presentación de posiciones subjetivas, síntomas, patologías, los analistas noveles (y no tanto) dicen que la obra de Freud quedó obsoleta porque no encuentran referencias a eso con lo que se encuentran en un supuesta “clínica actual”. Como dice Borges, son lectores que leen como si leyeran un periódico, buscando la última noticia, la más actual. Y no me voy a detener en los analistas amarillistas, que corren detrás de lo que el público pide, en pos de mejorar su rating. De nuevo traigo a Borges. Él advertía: no traten de ser modernos, porque ya lo son.

¿Qué leemos cuando leemos a Freud? No leemos un periódico, ni una obra religiosa, sino un borrador, una obra abierta e incompleta.

Y quiero fundamentalmente comenzar esta segunda parte con una sugerencia que hace Lacan en su Seminario 3, y que dice: “no hagamos como aquella persona que se maravillaba de que los ríos pasasen justamente por las ciudades.” La sugerencia de Lacan es absolutamente pertinente, ya que, en mi opinión, El yo y el ello es una pequeña ciudad fundada por Freud, que se asienta a la vera de varios ríos, donde fluyen vías de investigación que seguirán su curso particular, a veces entrecruzándose, otras veces solo apenas acercándose. Y no está demás afirmar que la obra de Freud no es una obra cerrada, sino una obra abierta, en donde todavía quedan muchos ríos por navegar, y muchas ciudades por visitar.

Y como él mismo citaba, Navigare necesse est! Pero escribir y leer, eso mejor siempre desde el litoral, y así, de vez en cuando, producir un fragmento nuevo, como aquella desecación del Zuiderzee ...Wo Es war, soll Ich werden.

Permítanme terminar aquí este recorrido, con algo que dice Lacan en su Seminario 13, prometo no leerles más citas! Pero creo que resume un poco lo que hice hoy.

“Rück zu Freud, Retorno a Freud, dije primero en un momento en que esto tomaba su sentido de las manifestaciones confusionales de una prodigiosa desviación en el análisis. (...)El ideal bien clásico de todo tipo de idealizaciones de un retorno a las fuentes no es ciertamente lo que me aferraba. Repensar, ese es mi método. (...)Es muy exactamente el sentido que daré a mi método respecto a lo que enseñó Freud, si hay, en efecto, algo extraño que sea el carácter rizado cerrado, lográndose, aunque marcado por una torsión por algo que se reúne en este punto donde, lo subrayé, durante mucho tiempo bajo su pluma sea la Spaltung del yo, y que vuelve totalmente cargado de sentido, acumulado

en el curso de una larga exploración, la de toda su carrera hacia un punto original en sentido completamente transformado; punto original de donde partía casi de la noción completamente diferente del desdoblamiento de la personalidad.

Digamos que esta noción, en suma, corriente, supo transformarla completamente por los hilos del inconsciente, es aquella a la cual, al final, bajo la forma de la división del sujeto, daba su sello definitivo.”

Así termina la cita de Lacan, y sus aclaraciones siempre son importantes. “Repensar a Freud”, eso es retornar, con las torsiones necesarias, claro, porque no se trata de repetir sin más, sino de extraer en cada vuelta, un retazo de saber que nos permita abordar algo de la verdad del sufrimiento del ser hablante.